

HEIDEGGER, TEMPLE Y VERDAD

Por Gonzalo Montenegro Vargas

Heidegger se plantea de manera radical la pregunta acerca de la verdad investigando su esencia posibilitadora, aquella que permite la representación adecuada de la cosa (adecuación). Es decir, Heidegger investiga las condiciones esenciales bajo las cuales se hace posible la verdad tal como la ha entendido la tradición, como adecuación; no ateniéndose al dictado habitual¹ sino que pensando su esencia. La esencia posibilitadora de la adecuación representativa que, como tal, constituye la esencia de la verdad (en adelante EV) es la libertad, que Heidegger entiende como el dejar ser que se involucra o expone a la región abierta del desocultamiento y luego retrocede para apreciar la manifestación de lo que se presenta, el ente. Ahora bien, la libertad como tal se encuentra preparada desde su no-esencia², es decir, desde el misterio con que acontece el encubrimiento o velamiento del ente en su totalidad. Asumir el misterio en cuanto a tal y resolverse abierto a él permite la elaboración de la pregunta sobre lo ente que prepara al hombre para la libertad, para la esencia de la verdad.

Heidegger lee este giro de la verdad hacia su esencia y luego hacia la no-esencia o misterio preliminar a la esencia, como la intrínseca implicación de la esencia de la verdad (libertad) en la verdad de la esencia (no-esencia, misterio). O, expresado de otro modo, como un giro que le es intrínseco al misterio en cuanto se muestra como el origen de la libertad – desde el ocultamiento al desvelamiento –; giro que en sí mismo es la preparación del hombre histórico a una proximidad con la verdad del ser. Heidegger, además, reconoce que a la verdad de la esencia (= no esencia, encubrimiento o misterio) sólo le es lícito el pensar metafísico que, en cuanto encubrimiento que es, reconoce y se guía por la diferencia entre ser y ente (diferencia ontológica). La apertura al ente le es permitida, inclusive cierto tipo especial de relación con el ente en su totalidad, pero no la

¹ De hecho caracteriza lo habitual como un sedentarismo que impide el reconocimiento del misterio como constitutivo de la apertura de la verdad. Cfr. *De la esencia de la verdad* (en adelante Dlev), § 6.

² “Aquí, no-esencia es, en este sentido, la esencia que ya es antes de presentarse” Dlev, p. 164. Cabe entender esto de manera estrictamente literal: que la libertad se haya constituida o flotando en su propia no-esencia, el encubrimiento o misterio, que es esencial, o sea, de importancia mayúscula – porque es constitutiva – y no meramente accidental. Puesto que de su reconocimiento depende la progresión del pensar hacia la verdad del ser.

apertura al ser por cuanto la metafísica misma en su encubrir es el derrotero del olvido del ser.

Ahora bien, el misterio o verdad de la esencia (en adelante VE) constituye de manera radical un decir que cubriendo aclara. O sea que a la metafísica sí le es lícita la claridad, pero la del ente (no del ser), por cuanto en sí misma es esencialmente un comportarse en apertura, en libertad. El misterio en cuanto tal es velamiento y ocultamiento que asumido origina desde sí la esencia aclaradora, la libertad. Ahora bien, todo este movimiento del pensamiento constituye un amplio ámbito para el preguntar, que para Heidegger es paso esencial preparatorio para la experiencia de una nueva proximidad con la verdad del ser. Es decir, toda progresión del preguntar acerca de la verdad es una preparación del pensar que se dispone, prepara y pone a prueba para una pregunta cuya respuesta – que en tanto es caminar constante más bien es una sin respuesta – abra un claro en las proximidades del ser, o sea, en el camino que se pone en dirección al ser; un nuevo ámbito de claridad que dé lugar a la verdad del ser. Mientras, Heidegger nos conmina a la espera y preparación que preliminarmente le cabe a la tarea del pensar haciendo la revisión de su propia historia: la metafísica³. Además estima necesario que dicha tarea se asuma investigando la situación y constitución ontológica del interrogante (*Dasein*). O sea, Heidegger nos llama a la reflexión radical, aquel pensar que haga el salto de transposición de la historia de la metafísica a la investigación acerca de sus condiciones actuales estrechamente ligadas a la situación del interrogante. A partir de aquí, es que para entender la esencia de la verdad es fundamental entender que jamás se ha tratado lisa y llanamente para Heidegger de una lectura de las características del ser, sino muy por el contrario de una experiencia de apertura y dejar ser para con la totalidad de lo ente, desde la cual advenga recién la posibilidad en el interrogante de experimentar la libertad que disponga a la experiencia genuina de la libertad.

³ A esta tarea Heidegger la caracteriza como *destrucción* de la historia de la filosofía, que define como un transparentar la pregunta acerca del sentido del ser al alcanzar la fluidez de la tradición y desligarse de sus encubrimientos. Cfr. Ser y tiempo (en adelante SyT), § 6.

Disposición afectiva o temple

En la progresión de la pregunta por la esencia de la verdad, Heidegger atiende un paso importante que dice relación con la disposición afectiva que actúa como condición esencial y previa al comportamiento propio de la libertad. Esta disposición como tal constituye la relación con el ente en su totalidad por la cual el hombre está en determinación de desencubrimiento para con él. Es decir, no se trata de un sentimiento que acompañe marginalmente al comportarse propio de la libertad, sino de su determinación constitutiva (diríamos su definición) esencial por la cual toda relación con los entes está acordada por una previa inserción del *Dasein* en el mundo. Es, por tanto, en su constitución auténtica, o sea, en su condición de interrogante como tal, que al *Dasein* le es inherente estar templado por el ente (dispuesto afectivamente hacia él), abierto a él y, por ello, con la posibilidad de entrar en relación libre⁴ para conocerlo, representarlo y sentirlo. Heidegger nos describe la esencia del estar templado como:

“La determinación del estado de ánimo, es decir, la exposición ex-istente en lo ente en su totalidad, sólo puede ser vivida y sentida porque el hombre que la vive, sin intuir siquiera la esencia del estado de ánimo, se encuentra en toda ocasión implicado en una determinación del estado de ánimo que desencubre lo ente en su totalidad.” Dlev, § 5, p.163.

Caracterizado el temple esencial constitutivo de la esencia de la verdad, la libertad, como aquél que desencubre lo ente en su totalidad, el temple para Heidegger es además parte de la que llama constitución cooriginaria del *Dasein*. Es decir, que para él el temple o disposición afectiva es una estructura constitutiva y originaria en el *Dasein*. El hombre histórico tiene en su seno una dimensión esencial desde la cual se hace posible su relación cotidiana con tal o cual ente en particular, precisamente porque él es ya ser-en-el-mundo que tiene ante sí una relación de sí con el mundo. La sola posibilidad de poder ser afectado perceptiva, sentimental o cognoscitivamente deriva de esta disposición afectiva originaria.

⁴ Libre y libertad no quieren decir “a gusto” o “según elección”, sino, como ya se ha explicitado, *dejar ser* o exposición en el ámbito abierto de lo ente.

La disposición afectiva no es un sentir cualquiera, sino aquella disposición del *Dasein* en que éste se haya puesto ante sí (ser-ahí), entregado a su ser o, como Heidegger también lo formula, arrojado al mundo (SyT, § 28, 29). Lo que se ha traducido como condición de arrojado refiere sólo incidentalmente a una orfandad que sería constitutiva, pues se trata más bien de que el *Dasein* es aquel ser que por su relación originaria con el ser – siempre lleva ínsita una precomprensión del ser, precomprensión ontológica que da cuenta de su estar atravesado particularmente por el ser – tiene ante sí su propio ser, le está dado tener que ser, tener que hacerse. La disposición afectiva de hecho mienta eso, es un *estar puesto por separado (disponere)* o encontrarse ante sí, con la sola determinación de ser. Ahora bien, no cabe interpretar esto como autoconciencia o autoposición; aquella conciencia que se pone a sí misma como la realidad toda (como Idea), como ocurre en Hegel. Más bien, hay en Heidegger un caminar paulatino de su pensamiento a pensar de otra forma la preeminencia y dominio del ente que es hombre⁵. El *Dasein* encuentra puesto su ser en el “*Ahí*” que constituye su relación con el mundo, pero no una relación cotidiana con la mundaneidad o lo inmediato que le rodea, sino con el mundo en cuanto a tal. De hecho, el hombre es el ente que es ser-ahí sólo en tanto su “ahí” es posible por su “estar-en” (el mundo) constitutivo de su existencia.

La existencia Heidegger la ha interpretado en otro de sus textos (*¿Qué es metafísica?*, en adelante Qm?) como flotar suspendido en la nada (angustia). Ahora bien, esta es la manera *repulsiva* en que la disposición afectiva esencial se pone en relación con el ente en su totalidad. Esto es, la angustia como modo de rechazo al ente en su totalidad es un hacer patente la nada en la que flota el ente existente, el *Dasein*. La angustia siempre lo es de nada; anonadamiento, un perder las palabras, un acallar radical que hace evidente el rechazo del ente en su totalidad por la cual se está en una disposición afectiva o *pathos* esencialmente indeterminado. La disposición afectiva esencial para Heidegger es la indeterminación por la cual se puede entrar en una relación con el ente en su totalidad. Ahora bien, la angustia no es pura y simplemente estar-en tal que se esté en relación directa con el ente en su totalidad, sino muy por el contrario es la indeterminación tal que ella da muestras de cómo la existencia es un flotar en la nada que

⁵ Este rasgo lo es más bien del hombre histórico moderno quien tras el aseguramiento de lo que se le presenta, se vuelca a él para dominarlo. Modernidad investigada entonces por Heidegger como aquella que se caracteriza esencialmente por su determinación técnica en la relación con el mundo.

rechaza al ente en su totalidad. Este rechazo no puede ser sino expresión de una relación originaria del hombre con el ente en su totalidad, pues una relación directa o de naturaleza similar con el ente obliga la relación particular que por cierto abre al ente tal o cual, pero a su vez encubre al ente en su totalidad. La angustia, por el contrario, es la disposición afectiva por excelencia puesto que al hacer patente la nada no encubre, sino que radicaliza la relación con el ente en su totalidad, rechazándolo. Es desde este *“rechazador remitirnos al ente que se nos escapa”* que se entra en relación con el ente en su totalidad; por su parte, es el rechazo la posibilidad de la relación con el ente tal o cual. Es decir, en la angustia se encuentra la posibilidad misma de la libertad y de la verdad.

Retomando las reflexiones, Heidegger a lo largo de sus primeros años desarrolla una progresión del preguntar que parte cuestionando las posibilidades mismas del pensar metafísico en sus nociones de verdad y olvido del ser. La pregunta por la EV está de por sí implicada en aquella que cuestiona la VE, el misterio, que como tal constituye la latencia de una espera que pueda abrir las posibilidades para una aproximación a la verdad del ser. Deteniéndonos en uno de sus pasos, constatamos su particular manera de tratar la inserción del hombre en el mundo; a quien desde una disposición afectiva muy especial, la angustia, le está dada una relación con el ente en su totalidad y una de sus características originarias esenciales, el encontrarse dispuesto ante sí, el tener que ser. Ahora bien, por Heidegger bien sabemos que esta disposición afectiva o temple que es la determinación o carácter fundamental bajo la cual se determina el comportarse de la libertad, es decir, la apertura, no debe ser tratada como un sentimiento tal o cual, sino como la indeterminación radical, aquella a la que se le abre la posibilidad de estar-en relación esencial con la totalidad de lo ente precisamente a partir de su rechazo extremo, la angustia. De ahí que la angustia como anonadamiento constituya la disposición afectiva fundamental por la que caracteriza Heidegger a la metafísica (Cfr., Qm?) pues ésta a través de su tradición es la trascendencia al ente, el pensar allende el ente que constituye como tal la existencia misma. Pensar el ente en su trascendencia o rechazo desde el anonadamiento que, bien sabemos, es la característica esencial del existir del *Dasein*: flotar en la nada. Por ello, es que no arbitraria ni casualmente la libertad y, por tanto, la verdad es el dejar ser que encubriendo aclara; pues la apertura al ente en cuanto a tal, es

decir, a lo que se manifiesta, sólo puede venir de la indeterminación con que el hombre entra en relación con el ente en su totalidad, la angustia.

BIBLIOGRAFIA

- HEIDEGGER, Martín. *De la esencia de la verdad*. (En) *Hitos*. Ed. Alianza, Madrid. 2000, 151-171 pp.
- HEIDEGGER, Martín. *¿Qué es metafísica?* Ed. Librería Fausto, Buenos Aires. 1996.
- HEIDEGGER, Martín. *Ser y Tiempo*. Ed. Universitaria, Santiago. 1998.